

COMPRE USTED



PARA
TODA LA
VIDA



octavo libro de la biblioteca

Los Grandes Filmes

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

basado en el argumento escrito exprofe-
so para la cinematografía por el insig-
ne dramaturgo Jacinto Benavente

128 páginas - Profusión de fotografías
y artículo original de Benavente.

PRECIO POPULAR. UNA PESETA

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal
Cinematográfica

N.º 117

50 cts.



VEREDICTO DE
INICULPABILIDAD

NÚMERO EXTRAORDINARIO

por
Claire Windsor
y Norman Kerry

Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 117

**Veredicto de
inculpabilidad**

Dramática producción cinemato-
gráfica, de sorprendente asunto

SUPER JOYA UNIVERSAL

CONCESIONARIA:

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.

Valencia, 235
BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

Claire Windsor

en el rôle de Magdalena Winthrop

Norman Kerry

en el rôle de Roberto Armstrong

Richard Travers

en el rôle de Kenneth Winthrop

Bárbara Bedford

en el rôle de Edith Graig

y Charles Wellesley, Ben Deely,

Harry Mestayer, Hayden Stevenson,

Charles Clary, James Marcus,

Emmett King, Dot Farley

y Frederick Vroom



Veredicto de inculpabilidad

Argumento de la película de dicho título

De un tiempo a aquella parte, el tema de todas las conversaciones en cafés y reuniones, era el misterio de que estaba rodeado el crimen cometido en la persona de un conocido millonario, de nombre Andrés Prentice.

La Justicia trabajaba activamente para esclarecer el oscuro asunto y como presunto autor del asesinato había sido detenido y acusado el hijo adoptivo del rico prócer, Kenneth Winthrop.

Las figuras importantes del proceso eran, aparte las del acusador y de la defensa—dos eminencias del foro—: el supuesto culpable, en primer lugar; su esposa, Magdalena de Win-

throp; el segundo hijo adoptivo del millonario, Roberto Armstrong; y, finalmente, Edith Graig, secretaria y, secretamente, novia de la víctima.

En la sala donde, en presencia de aglomerado y curioso público, tenía lugar la vista de la causa seguida contra Kenneth Winthrop, flotaba un amedrantador interrogante...

¿Quién merecía, en castigo de su abominable crimen, sentarse en la justiciera silla eléctrica?

¿Quién?

A los penosos interrogatorios asistieron todas las citadas figuras, con la angustia en algún corazón, y el deseo de que venciera la verdad, en un noble espíritu.

El fiscal, habilidoso sondeador de almas, comenzó a actuar en público sometiendo a su examen al sacerdote que, según información del sumario, había oficiado en el matrimonio del acusado con su esposa Magdalena.

—¿Cuál es su profesion de usted?

—Soy clérigo.

—¿Ofició usted en la ceremonia de enlace que tuvo lugar en la Iglesia de Gracia en la tarde del 15 de mayo de 1923?

—Sí.

—¿A instancias de quién ofició usted?

El eclesiástico se puso a referir, con toda clase de pormenores, el qué y el cómo de la cosa.

En la fecha indicada por el acusador, la expresada iglesia estaba llena de una concurrencia de lo más selecto de la sociedad.

La novia, Magdalena, radiante de hermosura bajo sus sedas y vaporosas gasas, fué por su padre conducida al pie del altar, y allí aquél entrególa al que iba a ser su esposo, Kenneth Winthrop, uno de los miembros más populares de la joven sociedad.

Entre los invitados, y curiosos, se hallaba Roberto Armstrong, quien, como Kenneth Winthrop, había sido protegido, desde su infancia, por el infortunado millonario.

Para Roberto Armstrong, casi hermano de Kenneth, por la circunstancia de haber vivido juntos, con Andrés Prentice, su padre adoptivo, durante mucho tiempo, fué aquel un día de grandes sufrimientos, pues amando como amaba a Magdalena, locamente, con todos sus sentidos, los celos atenazaban su corazón.

¡Pensar, peor, ver que iba a ser de otro hombre!

El ministro de la iglesia dió principio al rito de la unión canónica de dos seres, y el silencio que reinaba en la sagrada mansión era solemne, tanto como el acto que se celebraba.

De súbito, la cálida voz del oficiante horadó el misticismo que envolvía el ambiente.

El gran momento había llegado.

—Si alguno de los presentes sabe que existe alguna causa que pueda impedir este matrimonio, debe declararlo ahora, o sellar sus labios por la eternidad después de efectuado este trascendental contrato.

Nadie, como así era de esperar, contestó al cura.

Sin embargo, uno de los presentes luchaba horrorosamente consigo mismo por contener una protesta que de su corazón aflucía a su garganta, sofocándole.

De nuevo tomó la palabra el sacerdote, dirigiéndola, esta vez, a los contrayentes:

—Si uno de ustedes conoce algún motivo de impedimento de este matrimonio debe confesarlo.

Negaron, con un leve gesto de cabeza, Magdalena y Kenneth, y la unión sagrada iba a ser concedida ante Dios y ante los hombres.

Pero, Roberto, que no pudo aguantarse más pues era él quien quería oponerse, con razones poderosas, a que se llevara a efecto aque-

lla boda, se adelantó extraordinariamente agitado al clérigo y dijo, en voz alta, para que todos le oyeran:

—¡Yo conozco un obstáculo que hace imposible este matrimonio! Yo diré qué clase de hombre es ese...



—¡Yo conozco un obstáculo que hace imposible este matrimonio!

Al oírse estas palabras, se produjo una enorme expectación entre los invitados, y en voz baja pero con palabras acaloradas se hacían los más variados comentarios.

Kenneth y Magdalena miraron con ojos de asombro a Roberto, y Andrés Prentice y el pa-

dre de la novia no acertaban a comprender lo que significaba aquel desagradable incidente.

La secretaria del millonario, Edith Graig, se preguntaba, un tanto asustada, qué fin tendría el intempestivo arranque de envidia de Roberto.

El sacerdote, cumpliendo fielmente con su deber, hizo que los contrayentes y los parientes pasaran a la sacristía para poner en claro el motivo de la interrupción de la ceremonia nupcial provocada por Roberto.

Magdalena, suponiendo que el gesto de Roberto obedecía a haberle postergado por Kenneth, se acercó a él, y, en un tono en el que no cabía el reproche sino la compasión, le dijo:

—¿Cómo es posible que tú puedas hacerme este daño, Roberto?

—Tú no sabes, Magdalena, tú no sabes...

—¿Qué sabes tú más que ella, dí?—exigió Kenneth de su hermano de adopción.

El eclesiástico emitió entonces la siguiente opinión:

—Creo necesario aplazar el matrimonio hasta que hayamos oído los cargos que hace este joven.

Todos eran entonces a pedir a Roberto que abreviase sus manifestaciones pero sin mentir.

Roberto centró sus miradas en Kenneth y Edith, respectivamente, y habló, refiriéndose a ambos:

—Haga usted que confiesen... haga que Kenneth le diga que es con Edith Graig con quien debe casarse.

¿Qué significaba la revelación de Roberto?

Edith, a quien Andrés Prentice interrogaba con los ojos, exclamó con visibles muestras de disgusto:

—¡Oh, Dios mío... está tratando de meterme a mí en este asunto!

Kenneth tranquilizaba también a Magdalena.

—No sabe lo que dice, mi buena Magda... Está obcecado...

Andrés Prentice agarró a su hijo adoptivo Roberto por las solapas de su frac, y le reprochó con la mayor severidad:

—¿Has perdido el juicio? ¿No comprendes que estás acusando a la mujer que ha de ser mi esposa?

—Perdón, padre... pero yo sólo busco la salvación de Magdalena separándola de ese hombre que es indigno de ella.

—Todo eso es mentira—le recriminó con dureza Magda—. Está tratando de arruinar el día más feliz de toda mi vida.

—¿Desde cuándo sabe usted lo que acaba de revelarnos?—intervino el padre de la novia en idéntico son de guerra que los demás—. ¿Por qué no ha hablado de ello antes a mi hija... o a mí mismo?

—Traté de decírselo a ella ayer, pero no quiso oírme.

—Ayer o cualquier otro día era muy tarde para que tú destruyeras mi fe en Kenneth. Yo siempre le he amado... y siempre le amaré—le replicó Magda, enlazando con sus brazos el cuello de su novio, mientras éste se sonreía.

Andrés Prentice, para terminar aquella enojosa discusión, tomó por su cuenta a Roberto y entablóse el siguiente diálogo:

—¿Tienes alguna prueba que confirme los cargos que haces?

—Únicamente lo que he visto en su propia casa día tras día, durante el año pasado... Usted podía haberlo visto también si no hubiese estado ciego.

—Yo no he estado ciego a nada más que a tu ingratitud... la de un ladrón que quiere robarme mi máspreciado tesoro... mi fe en aquellos que amo.

—¡Eso no, padre! ¡He dicho la verdad y la repetiría donde fuera preciso!

—¡Calla, loco! ¿No ves que con tus absurdos celos estás haciendo el ridículo? ¡Ahora vetel! ¡Y no quiero verte más!

Vencido por todos, pues nadie le creía, basándose como se basaban en que los celos lo pueden todo, hasta la difamación, Roberto

hubo de marcharse, y lo hizo; mas antes contestó al millonario:

—Ya me voy, pero no olvide mis palabras... toda su vida se acordará de este día, y cuando en sus últimos momentos mire usted al pasado, entonces se arrepentirá de no haber querido



—Ya me voy, pero no olvide mis palabras... toda su vida se acordará de este día...

escucharme hoy.

No bien hubo desaparecido Roberto, el cura consultó con la familia lo que era oportuno hacer.

El padre de la novia logró disuadirlo de suspender la ceremonia.

—El muchacho ha perdido la razón a causa de los celos. Sus acusaciones no tienen fundamento alguno.

—En ese caso, procedamos a continuar la ceremonia.

Renació en los pechos la calma, en los espíritus la ilusión... y se anudó sólidamente el lazo del amor.

..

Después del sacerdote, fué llamado a declarar el mayordomo del asesinado millonario.

—¿Jura usted decir la verdad?

—Sí, señor.

—¿Cuál era su empleo en la casa de Prentice?

—Yo era el mayordomo.

—¿Conoce usted a la señorita Edith Graig?

—Sí, señor.

—¿Notó usted algún cambio en la actitud del difunto hacia la señorita Graig después de la ceremonia del matrimonio del acusado con Magdalena Ames?

—Algo, sí, señor... Unos dos días después, cuando yo entraba en la Biblioteca para llevar unas rosas, ví que el pobre don Andrés cogía

una de esas flores, la contemplaba con tristeza y, finalmente, la estrujaba entre sus manos arrojando los restos al suelo.

El mayordomo hizo una pausa, y a continuación prosiguió su declaración.

El marchóse de la biblioteca cuando comprendió que su señor necesitaba estar solo, pero, viendo entrar en ella a Edith, se ocultó detrás de un cortinaje y se puso a ver y escuchar lo que pasaba entre el señor y la secretaria y lo que ambos dirían respectivamente.

Por el semblante del millonario, su novio, Edith comprendió que algo le sucedía para que pudiera olvidarse de ser amable con ella, y con franqueza se lo dijo.

—¿Estás incomodado conmigo?

Andrés Prentice la contestó rápidamente:

—Edith, ¿puedes jurarme que entre tú y Kenneth no ha habido relación alguna?

Edith, dando muestras de haberla ofendido la pregunta de Andrés, le respondió:

—¿No tienes confianza en mí?

Andrés se preguntaba si no había ido demasiado lejos en sus recelos, y callóse por unos segundos.

En la sala donde se celebraba el juicio oral, el acusado Kenneth Winthrop no hacía el menor gesto que pudiera revelar que lo que iba a seguir lo perjudicaría; y Roberto Armstrong, que había demorado sus propios asuntos para ayudar a la justicia en la acusación de su hermano de adopción, creía inminente la demostración de la culpabilidad de Kenneth.

Las dos mujeres de que se hablaba mucho en el sumario, Edith y Magdalena, atravesaban una crisis de angustia que procuraban combatir interiormente para que no saliera de ellas a fin de infundir en el ánimo de todos, con su aparente tranquilidad y confianza, que el acusado era inocente.

Alguna que otra vez, Magdalena, guiada por una fuerza oculta, miraba al fiscal y a Roberto, que se hallaban juntos.

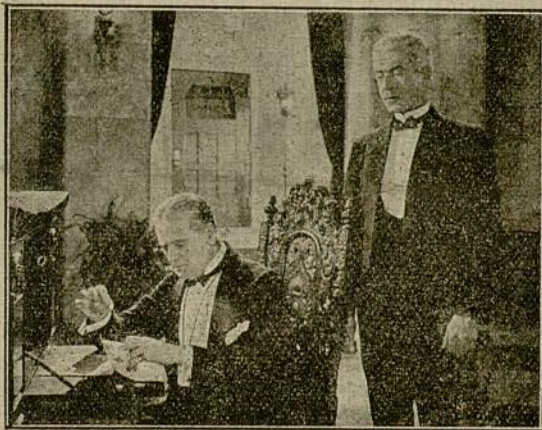
El fiscal preguntó al mayordomo declarante:

—¿Quién visitó la casa de Prentice, la noche del crimen?

—Kenneth Winthrop—respondió el criado—; vino alrededor de las diez de la noche...

—¿Cuándo vió usted a Andrés Prentice vivo por última vez?

—Fué como una hora después... Me llamó en un saloncito particular, donde terminaba de escribir una carta, dentro de la cual puso dos *cachets* de la medicina que tomaba desde



... donde terminaba de escribir una carta, dentro de la cual puso dos *cachets* de la medicina...

hacía algún tiempo, y me dijo: «Ponga esta carta al correo... y luego venga a verme en la biblioteca.»

—Sabido es que usted cumplió la orden de su señor, pero quiero que diga usted al jurado

qué fué exactamente lo que usted hizo después de haber mandado la carta en cuestión.

—De regreso en casa, llamé con los nudillos a la puerta de la biblioteca de mi señor, y el señor Kenneth Winthrop abrió un exiguo ángulo de la misma y me dijo: «Puede retirarse a descansar, pues el señor Prentice no le necesitará ya esta noche.»

—¿Sabe usted a qué hora salió Kenneth Winthrop de la casa?

—No, señor. Yo estaba durmiendo en mi habitación.

La defensa se levantó y, dirigiéndose al magistrado presidente, le habló en estos términos:

—Señor Juez, ¿quiere usted pedir a la acusación que presente la carta que se dice haber sido escrita por Andrés Prentice, la noche del asesinato?

Roberto—que era a quien iba destinada dicha carta, según las manifestaciones del mayordomo de la víctima—, contestó a la pregunta del abogado defensor:

—Yo no puedo presentar la carta porque nunca la recibí. Así consta en el sumario.

—¿Cuándo usted se enteró de que tal carta

había sido escrita, hizo usted algún esfuerzo para encontrarla?

—Sí, señor, y he aquí la respuesta de la Administración de Correos a mi reclamación por extravío de la carta de referencia. Dice, pueden verificarlo, así:

CORREOS DE LOS ESTADOS UNIDOS, OFICINA DEL JEFE DE CORREOS. *Oficina de 1.ª clase, N.º 91000.*

Señor don Roberto Armstrong.

Muy señor mío:

En contestación a su carta, debo manifestarle que la correspondencia que fué recogida a media noche de la caja número 54, fué cargada en el camión número 11, del cual, como usted debe saber por la prensa, se robaron tres sacas. Estamos tratando de recuperar las mismas.

Suyo afectísimo

Jaime Gordon

Inspector Postal.

Con la lectura de esta carta quedó contestada la interpelación de la defensa, y aquí tomó fin el interrogatorio del mayordomo del millonario.

Le tocó el turno a la criada de la víctima.

El fiscal, consciente de su importante misión,

sometió a concienzudo examen a la compañera de la escoba, Sofía Sauer, a quien el brillante curial le había caído en admirativa simpatía.

—Levante su mano derecha para jurar ser sincera... No, esta es la izquierda... La otra... Pero si esta es la izquierda, le digo... ¡No las dos!

—Es que... soy zurda.

—¿Cuándo descubrió usted que su amo estaba muerto?

—¡Oh, qué horror recordarlo! Fué muy de mañana, cuando el mayordomo y yo empezamos nuestro servicio. Yo fui quien vió al señorito yacente en el suelo, cerca de la chimenea de calefacción... Estaba bañado en sangre... Daba miedo mirarle la cara y la cabeza... El mayordomo, a quien yo, loca de espanto, avisé, comprobó, delante de mí y de la señorita, que acudió en seguida, desesperada, que el señorito *s'había* muerto a las doce menos ocho *menutos* de la noche. Pudo saber eso porque en tierra había el reloj de la chimenea *rot* y parado a la hora que yo he dicho.

La defensa interrumpió la labor del fiscal:

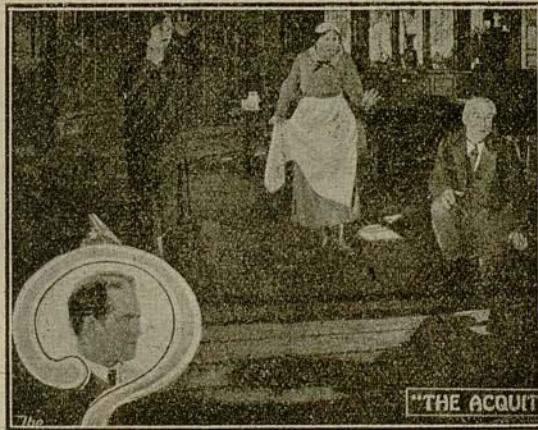
—Señor Juez, deseamos ofrecer este reloj en evidencia.

—Se tendrá en cuenta.

Después de la frega-platos, ocupó el sillón de los testigos otro de éstos.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy *chauffeur* de taxi.



—... El mayordomo comprobó que el señorito *s'había* muerto ..

—¿Podría usted identificar al hombre que usted llevó en su taxi desde la casa de Prentice en la noche del asesinato?

—Sí.

—¿Vé usted a ese hombre en esta sala?

—Desde aquí no distingo a todos los presentes.

—Puede usted bajar del sitio y mirar con mucha atención en todos los rostros. Si encuentra usted aquí a ese hombre, ponga su mano derecha sobre su hombro.

El *chauffeur* acató las instrucciones del fiscal, y tras de minuciosa observación se detuvo



—Este es mi cliente de aquella noche.

ante Kenneth Winthrop, el acusado.

—Este es mi cliente de aquella noche.

El fiscal y Roberto se sonrieron.

Edith y Magdalena estaban apenadísimas y desconcertadas.

En tanto que Kenneth fingía no inmutarse.

—Bien, *chauffeur*, bien. Vuelva usted ahora

a ocupar el sillón. Y conteste. ¿Qué hora era cuando el acusado salió de la casa de Prentice y subió en su taxi?

—Eran justamente las doce de la noche.

—¿Cómo sabe usted que esa era la hora?

—Muy sencillo. El señor me preguntó: «¿Tiene usted hora exacta?»—Yo no llevo reloj, le contesté, pero trataré de ver qué hora es.—Desde este momento miré a los dos lados de mi coche para ver si en algún establecimiento había algún reloj visible. Fué frente a una carnicería que me detuve para comprobar la hora que marcaba el reloj que se veía a través del cristal de un escaparate. Conseguido mi propósito, dije, volviendo al coche, al señor.—*Son exactamente las doce.*—«¡Dios mío! ¡No puede ser tan tardel! ¿Cómo es posible que mi reloj indique las once y media?»—exclamó mi cliente.—No sé explicarle, señor....

—¿A qué distancia está la carnicería de la casa de Prentice?

—Manzana y media, aproximadamente.

—Muy acertado, *chauffeur*. Gracias.

.....

Otto Schmidt, propietario de la carnicería, había sido también requerido y se presentó a declarar.

—Señor Schmidt, ¿qué clase de reloj tiene usted en su tienda?

—Como ese que tienen ustedes en esta sala, de la Western Union.

—¿Es instrumento de confianza?

—Ya lo creo, como que es regulado cada hora por la Western Union.

—De modo, que si la noche de autos en su reloj eran las doce, ésta era la hora oficial, ¿no?

—En efecto.

—Muchas gracias. Puede retirarse... Señor Juez, señoras y señores del Jurado, la acusación ha terminado de exponer su caso.

*
*
*

La defensa empezó su actuación con el examen de su mejor testigo: la señorita Edith Graig.

—Señorita Graig, ¿quiere usted decir en conciencia al jurado lo que ocurrió en la biblioteca de Prentice entre el acusado y el difunto, la noche del crimen?

Edith dijo que Prentice, que apreciaba mu-

cho a Kenneth, manifestó a éste, apenas llegado, que ciertas consideraciones le habían inducido a redactar un nuevo testamento, el cual les leyó. El documento nombraba heredero y albacea testamentario a Kenneth, y legaba un dólar a Roberto Armstrong.

Al oír esto, Kennett dijo a su padre adoptivo:

—Padre, yo le pido que no desherede a Roberto... No conservo ningún resentimiento hacia él, y después de haber sido compañeros durante tantos años le quiero como a un hermano.

Entonces, felicitando a Kenneth por sus nobles sentimientos, Prentice rompió el testamento y tiró al fuego los pedazos que ardieron pronto.

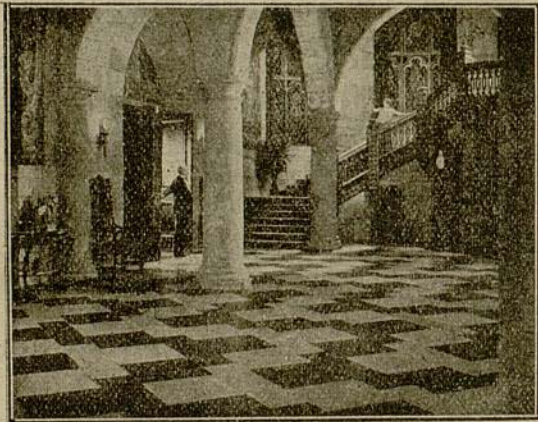
—¿Cuánto tiempo estuvo Kenneth Winthrop en la casa de Prentice?

—Hasta las once y media aproximadamente. Andrés le había dicho: «Chico, no te molestes, pero son cerca de las once y media, y tengo aún mucho que hacer antes de acostarme. Siento tener que decirte que te vayas.» «Caramba, padre; en buenas palabras me echa usted a la calle.» Kenneth no se hizo repetir el ruego y partió quedando en volver al día siguiente. Un taxi le esperaba a la puerta de la casa, al parecer desde que vino a vernos. Des-

pués... me despedí de Prentice... me acosté... y no sé lo qué pasó.

.....

El fiscal, persuadido de que Edith mentía,



... me despedí de Prentice... me acosté... y no sé lo qué pasó.

intervino, con la venia del juez, en el interrogatorio:

—¿Fué esa la última vez que usted vió a Andrés Prentice vivo?

—Sí, señor.....

—¿Sabe usted lo que quiere decir falso tes-

timonio?—objetó con vehemencia a Edith el acusador.

—Sí lo sé... pero yo no lo he hecho.

—¿Qué no ha hecho?

—Lo que usted dijo.

—¿Qué dije yo?



—¿Sabe usted lo que quiere decir falso testimonio?

—¿No sabe usted?

—¿No sé yo qué?

—Lo que usted dijo cuando dijo que yo hice lo que usted dijo.

El fiscal queriendo, hábilmente, desconcertar a Edith para arrancarle la verdad, se ha-

bía desconcertado a sí mismo ante la astucia de la mujer, y renunció a seguir interrogándola.

La defensa pidió al juez que se llamara a prestar declaración a Roberto Armstrong, y su demanda fué cumplimentada.

—Usted y el acusado son hermanastros, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Señores—prosiguió el abogado defensor de Kenneth dirigiéndose a la asamblea—, ¿cuál podría ser el motivo que indujo a Roberto Armstrong a ofrecerse al Tribunal para coadyuvar a la acusación lanzada contra su hermanastro?

—¡Andrés Prentice fué para mí un verdadero padre, y no he de dejar piedra sobre piedra hasta que traiga a su asesino a la justicia!— exclamó Roberto.

—¿Cuál fué su objeto al tratar de impedir el casamiento del acusado con Magdalena Ames?

—¡Lo hice porque la amo!—no titubeó en contestar Roberto—...¡Yo hubiera dado mi vida por que ella no estuviera bajo el poder de ese hombre!

Magdalena recriminó con la mirada a Ro-

berto sus palabras de amor hacia ella y desprecio hacia Kenneth.

¡Era posible—decíase Magda—que Roberto, amándola tanto, tuviera tan duro corazón!

Kenneth aguantaba superficialmente la declaración de Roberto, pero ardía en deseos de abalanzarse a él y abofetearlo.

El defensor continuó su examen.

—¿No es verdad que Andrés Prentice dice en su testamento, que en caso de muerte de uno de los herederos, la fortuna entera ha de pasar al superviviente?

El fiscal, como empujado por alguien, se levantó de su silla y clamó:

—¡Protesto, señor Juez!

—No hay lugar.

—¡Sostengo la protesta!

—Puede, la defensa, continuar.

Esta así lo hizo y preguntó a Roberto:

—¿No hubiera sido ventajoso para usted el que aquella carta de que se ha hablado desapareciera?

El fiscal se levantó de nuevo de su asiento y se adelantó al Juez para manifestarle:

—Señor Juez, protesto del método de examen adoptado por mi apreciado colega. Deseo que usted informe al Jurado de que estamos viendo la causa entablada por delito de ase-

sinato contra Kenneth Winthrop y no contra Roberto Armstrong.

El Juez, convencido por la lógica del acusador, terció en la discusión:

—Esas preguntas, señor abogado, son impertinentes e inapropiadas al proceso que se



La defensa no tuvo más remedio que resignarse...

sigue.

La defensa no tuvo más remedio que resignarse ante la evidencia de su error, y, de regreso al lado de su patrocinado y de la esposa del mismo, dijo a ésta:

—Yo sé que su esposo es inocente... Estoy

tan seguro de ello como usted lo está... pero tenemos que probarlo...

Roberto Armstrong, libre ya del interrogatorio del abogado defensor de su hermanastro, se afirmaba en su opinión de que Kenneth sería condenado.

El fiscal descontaba ya este resultado feliz para su carrera.

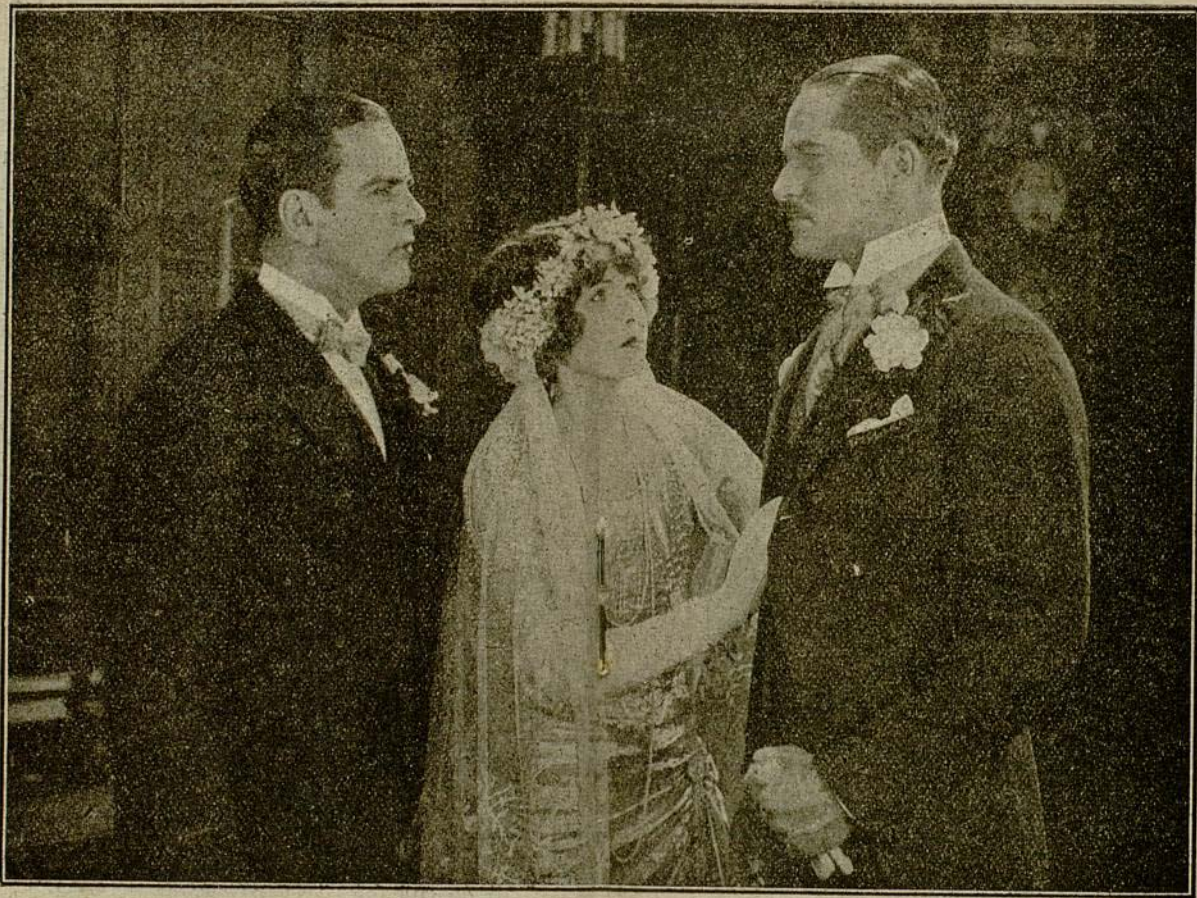
Así terminó otro día del misterioso proceso, acumulándose una tras otra todas las pruebas en contra de Kenneth, y dejando a Magdalena sumida en la más terrible ansiedad.

*
**

Por la noche, Magdalena soñó que la culpa del crimen recaía en su inocente esposo, y que iba a despedirse de él, en la cárcel, probablemente para no verle jamás. pues al día siguiente se daría a conocer la trágica sentencia.

Al despertar de su horrible pesadilla, Magdalena se levantó del lecho y se dispuso a salir de su casa.

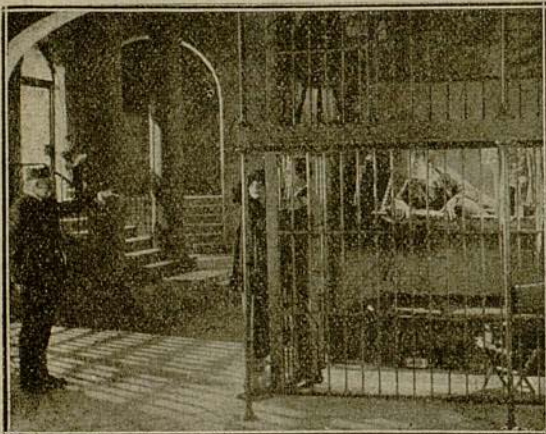
La doncella que cuidaba de su algo que-



¿Qué sabes tú más que ella, dí?

brantada salud desde la detención de su marido, se opuso a que su señorita abandonara el hogar a tal hora, pero fueron vanos sus buenos propósitos.

En vista de ello, la doncella fué a avisar a Edith, que desde el asesinato de Prentice vivía



... Magdalena soñó que la culpa del crimen recaía en su inocente esposo, y que iba a despedirse...

con Magdalena, notificándole:

—La señora Winthrop está determinada a salir de la casa. Quizás usted pueda detenerla.

Edith se puso una bata y salió a detener a su amiga.

—¿A dónde vas?

—He pensado en algo... Voy a salvar a Kenneth.

—No hagas locuras, Magdalena... Deja que la Justicia cumpla su cometido. El no puede ser condenado... Ten confianza.

—No puedo, Edith, no puedo... Necesito po-



—He pensado en algo... Yo voy a salvar a Kenneth.

ner en práctica una idea que se me ha ocurrido esta misma noche.

—¿De qué se trata?... Yo te ayudaré...

—No, no; volveré pronto.

Y se fué apresuradamente, sin que ni Edith ni la doncella pudieran impedirselo.

En verdad, Magda tenía una idea...
 Ir a ver a Roberto en su propia casa.
 No importaba el gesto... lo que interesaba
 era la consecuencia.
 ¿Qué quería ella de Roberto?

Magda llamó a la puerta de la casa que habitaba Roberto, y el criado, extrañándose de verla, la franqueó el paso.

—¿Está el señor?

—Sí, señora...

—¿Acostado ya?

—No, señora... Hasta ahora estuvo arreglando unos papeles en su gabinete despacho. Pase... pase...

Magdalena presentóse rápidamente a Roberto, causándole inconcebible sorpresa.

—¡Tú! En mi casa...

—Roberto... puedes suponer a lo que he venido aquí. Evítame palabras...

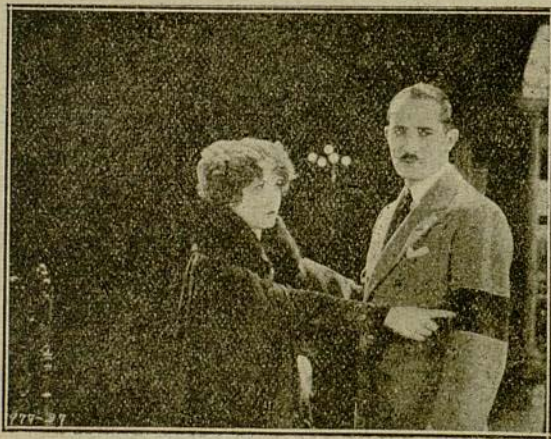
—A fe de buen caballero, mi buena Magdalena, que no te entiendo...

—He venido por esa carta. Tú tienes que dárme-la. Interesa a la policía conocer el texto que para ti redactó el señor Prentice.

Roberto miró con aflicción a Magdalena, la

mujer a quien seguía amando con toda su alma, y la dijo, al parecer sinceramente:

—Ni la tengo, Magdalena, ni jamás ha llegado a mi poder... ¿Crearás capaz de engañarte al hombre que por conseguir tu amor sacrificaría hasta su propia vida?



—He venido por esa carta. Tú tienes que dárme-la.

Magda no podía comprender en aquel momento en que la vida de su marido pendía de un hilo quebradizo, las frases apasionadas de Roberto para descubrir a través de las mismas la verdad. Ella sólo sabía que Roberto, por un mal entendido sentimiento de amor, podía, o

más, había ocultado una prueba—en la carta de Prentice—de la inocencia de Kenneth.

Por eso, dominada por la idea de la traición de un hermanastro a otro, Magda contestó a Roberto condenándole su inicuo proceder:

—¡Estás mintiendo! Yo sé que tú tienes la evidencia que puede salvar a Ken..... Es bárbaro lo que estás haciendo..... Sí..... Porque él ganó mi amor..... porque él es mi esposo amado..... consientes en que lo manden a la muerte..... ¡Oh, Roberto, esto es espantoso! ¡Ten piedad de mí....

Roberto hubiera deseado, ante el dolor de Magda, darle la seguridad de que él sabría desviar el proceso hacia otro camino por el que Ken pudiera escapar... pero no le era posible...

Y sólo pudo responder a su amada:

—Yo te amo, Magda... y todo lo que hago es por tu propia felicidad...

—¡Oh, calla! ¡Lo que tú estás haciendo es salvar tu cabeza!... ¡Tú mataste a Andrés Prentice!

—¡¡Qué dices, Magda!! ¿Tú me crees capaz de haber cometido tan horrenda vileza?

—¡Oh, Dios mío!—sollozó Magda, dejándose caer en un sillón.

Roberto, lleno de dolor por los pensamientos que hacía de él la mujer que era su única

ilusión, dominó el llanto de su corazón y, postrándose de hinojos ante ella, musitó:

—Magdalena, yo te amo más que nada en el mundo... Si pudiera hacerte comprender... Si tú pudieras solamente ver la verdad y me dejaras que te ayudase...

Magda, que no sentía el calor de la ofrenda cariñosa de Roberto, tuvo una idea y se determinó a fingir para, con astucia, sonsacarle comprometedoras revelaciones.

—Si es cierto que me amas, Roberto... ¿por qué no comprendes la angustia en que yo vivo presa en la duda de si Ken será sentenciado a muerte o no? Yo soy su esposa, y necesito salvarlo cueste lo que cueste... Yo le creo inocente... pero, después de salvarle... si tú me ayudas... yo te prometo que daré oídos a tu cariño... y que yo te amaré... Después de esto... ¿no me vas a querer dar aún esa carta por la que vine a verte?

Roberto, que había reclinado su cabeza sobre el pecho de Magdalena, sentía en su rostro las caricias con que ella acompañaba sus palabras, y le parecía haber llegado a la meta de sus más caros sueños.

Pero al convencerse de que Magda persistía en poseer la carta escrita a él por el asesinado millonario, y de que, por ende, le creía

complicado en el crimen, despertó de su fantasía hondamente apenado.

Y respondió a Magda:

—Por tí, mujer querida, sería capaz hasta de vender mi alma por salvar a Ken si esto fuera posible... pero nada puedo hacer ni por tí ni por él.

Defraudada en su plan, Magdalena se levantó airada, y echó en cara a Roberto su crueldad.

—¡Eres un monstruo! ¡Jamás te acerques a mí si no quieres que mis manos crucen tu rostro!

Roberto, inmóvil como un autómatas, por la dureza con que era tratado por ella, la vio marcharse de su casa con extraordinaria agitación.

—¿Es posible que ella crea que por amarla como la amo soy capaz de desear que Ken sea condenado por otro?—murmuró abrumado.

¿Qué hacía entretanto Magda en la calle?

Había ido en auto hasta la casa de Roberto, pero al salir de ella mandó al «chauffeur» que partiese solo.

Necesitaba aire, mucho aire, para ventilar sus exaltadas ideas... y caminaba como un beodo por las calles y avenidas sin prestar atención a nada, volviendo, a veces, a un mis-

mo punto, dando vueltas como inconscientemente daba.

De pronto...



Al día siguiente, se celebró la sesión final de la vista de la causa por asesinato de Andrés Prentice contra Kenneth Winthrop.

El abogado defensor temía el fracaso de sus conclusiones por no existir una prueba irrefutable de la inocencia de su patrocinado.

El fiscal, en cambio, abrigaba la absoluta seguridad de su triunfo.

Roberto participaba de la misma opinión del fiscal.

El acusado no dejaba traslucir su estado de ánimo... Su serenidad era desconcertante.

El juicio ya había comenzado y aun no estaba en la sala la esposa del acusado.

Edith Graig no la había visto en toda la noche, y muy poco durante el día. Había estado muy nerviosa... y no se desayunó siquiera en su casa. ¿Qué habría sido de ella?

Roberto se preguntaba lo mismo respecto de Magdalena.

En cuanto a Ken, no podía lamentarse de la

ausencia de su esposa... pues aunque no lo aparentaba, la visión de la silla eléctrica de la justicia le obsesionaba llenándole de terror.

El juicio seguía su curso y llegaba al final.

La voz del fiscal se apoderó del ánimo de todos los presentes.

Así resumió el acusador sus datos:

—Este asesinato ha sido uno de esos actos salvajes... brutal, a sangre fría y sin razón... Por ello, y en nombre de la Justicia, pido para el acusado la pena capital.

Un escalofrío agitó el cuerpo del auditorio.

¡La muerte! ¡Trágica palabra, sangrienta, inhumana, cuando resuena en los ámbitos de un Tribunal!

Dos señoras, compañeras de banco en la sala de la Audiencia, se consultaron con la mirada cuando el fiscal propuso el castigo del acusado.

—¿Cree usted en la pena capital?—preguntó una de ellas a la otra.

La preguntada—mujer sencilla e ingenua como una niña ignorante—respondió:

—Por supuesto que sí, si no es muy severa.

La primera movió la cabeza como diciendo: «¿Se habrá creído esta señora que la pena capital es un empleo de cocinero en la Dirección de la cárcel?»

El fiscal continuó su resumen:

—No hay alternativa... Este hombre, Kenneth Winthrop, es una amenaza a la sociedad... una fiera... un asesino...

—¡Altol... ¡Altol... ¡Altol!—gritó, en el fondo de la sala, irrumpiendo en ella, la voz de Magdalena.

Todas las miradas convergieron en ella y en todos los rostros se pintó la más acentuada curiosa ansiedad.

Magdalena llegó ante el juez con dos voluminosos objetos, un reloj y una balanza automática, y, cubriendo de estimulantes miradas a su esposo, manifestó en voz alta:

—Tengo nueva evidencia que ofrecer en prueba de la inocencia de mi esposo.

—Protesto, señor Juez; la defensa ha presentado ya sus conclusiones.

La defensa discutió acaloradamente con el fiscal, y, al fin, el juez terció en la disputa.

—Protesta desechada—dijo al acusador..... Yo manejaré esto a mi manera. ¡Silencio! Puede la testigo hablar.

Magdalena, gozándose de antemano de la sensación que iban a producir sus revelaciones, comenzó así:

—Anoche, mientras regresaba a mi casa, procedente de otra que no es necesario nombrar para el caso, me ví frente a la carnicería de Otto Schmidt. Aquí está el reloj que mar-

caba las doce cuando en el de mi marido eran las once y media. Ese reloj es lo único que le compromete seriamente, pues si en realidad hubiese tomado el taxi a las once y media al pie de la casa de Andrés Prentice, la suposición de que él fuera quien cometió el crimen a



La defensa discutió acaloradamente con el fiscal...

las doce menos minutos no sería válida, ya que él continuó en el auto un buen rato más— me dije. Y por curiosidad quise mirar ese reloj fatal a través del cristal del escaparate por donde mi marido y el «chauffeur» mirarón también. Y, en efecto, ví ese reloj... y, precisamente, también eran las doce. Consulté mi

reloj-pulsera y observé que entre ambos relojes había una diferencia de media hora. ¡Cómo era posible que mi reloj, del que estuve siempre encantada, retrasase media hora, pues en él eran justamente las once y media! Aquello era misterioso y desenhé el cristal para,



—Protesta desechada... Puede la testigo hablar.

obteniendo la mayor limpidez posible, y evitando envaharlo de nuevo, atisbar el interior de la tienda. Yendo de un lado a otro del cristal para verificar si las saetas del reloj en cuestión se movían, ví... ¡asombrarse!... ví detrás del reloj que marcaba las doce, otro reloj en el que sólo eran las once y media. Con la

vista devoraba esos dos relojes y no me aparté del escaparate de esa tienda hasta el nuevo día, hasta cuando el señor Schmidt aquí presente abrió su establecimiento. Referí a este señor lo que yo había visto y me contestó que sólo tenía un reloj. Dos son los que yo ví—in-sistí. «No es posible»—repitió él. Y me enseñó el único reloj que decía tener; pero yo le mostré el otro y entonces, asombrado él también, exclamó: «Esto no es un reloj... es simplemente una balanza automática con esfera y saetas de reloj. Cuando está inactiva, las esferas están inmóviles a las doce.»

Un rumor de cuchicheos ascendió de todos los presentes.

El fiscal protestaba.

La defensa, admirada del acierto que tuvo, casualmente, Magdalena, daba por segura la libertad de su cliente.

Kenneth volvía a la vida.

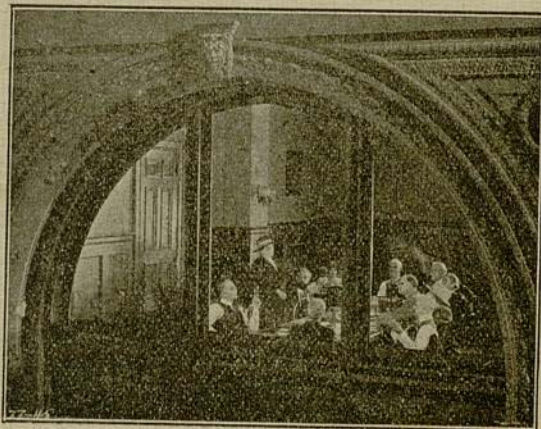
Pero Roberto... no creía en la inocencia de su hermanastro.

El juez hizo explicar a Magdalena cómo pudo ver, primero un reloj—la balanza sin el plato, el cual se colgaba cuando convenía pesar algo—y después el otro reloj—el oficial con hora exacta.

Magdalena dió excelentes explicaciones de los efectos de la perspectiva de los objetos, tal

como ella los vió, y sus razonamientos fueron aceptados como buenos.

La defensa pidió que en sus conclusiones se tuviera en cuenta este precioso e indiscutible apunte, y ya sólo correspondía al jurado dictar el veredicto, el cual estaba esperando des-



Después de larga deliberación, el Jurado..

de hacía horas, un grupo de periodistas para dar la noticia a sus rotativos.

Después de larga deliberación, durante la cual los del bando de Ken y éste mismo sufrieron horriblemente, el Jurado reapareció en la sala y se leyó, en el más religioso silencio, el fallo.

—Señor Juez, nosotros, el Jurado, encontramos que el acusado, Kenneth Winthrop, no es culpable de asesinato.

La alegría de Ken, Magda y Edith es indescriptible.

Magdalena se abrazó a su esposo llorando



Magdalena se abrazó a su esposo llorando con toda su alma.

con toda su alma.

La defensa se apuntaba un buen éxito.

Mientras que el fiscal se daba a todos los demonios, y que Roberto cerraba los ojos para no ver *la atroz realidad*.

Al ser puesto Ken en libertad, entre la aclamación unánime del público que llenaba la

sala, Magdalena se acercó al juez y lanzó una acusación contra Roberto.

—¡Demando el arresto de Roberto Armstrong por el asesinato de Andrés Prentice!

El Juez, atribuyendo la denuncia de Magda al odio que debía inspirarle el hombre que con tanto empeño se había prestado a favorecer a la acusación para que su marido fuese condenado, contestóla:

—Ese es un asunto que el fiscal tendría que investigar.

*
**

Al día siguiente, todos los periódicos publicaban la inocencia de Kenneth.

En su mayoría, los rotativos decían:

¡Kenneth Winthrop absuelto!

El jurado dicta veredicto de inculpabilidad después de cinco horas de deliberación.

La misteriosa muerte del millonario Andrés Prentice no ha sido aclarada todavía por la ley.

Y a esto seguían los comentarios acerca del proceso, favorables a Kenneth.

¿Era, pues, en verdad, Kenneth, inocente?

*
**

Roberto, en su casa, dibujaba en un papel una mujer sosteniendo en una mano una balanza, con los ojos tapados. La figura representaba la Justicia. A su entender confirmaba el adagio popular de que ésta es ciega. El caso de Kenneth le inducía a ello.

—¡Cómo le ama Magdalena!—murmuró tristemente.—No es justo que ese hombre posea tal tesoro... Es indigno de ella... indigno... ¡Ah, si yo pudiera!...

Alguien llegó a la casa de Roberto en este momento.

El criado del joven anunció a su señor la visita de un hombre.

—¿No te dió su nombre?

—No, señor... Yo creo que es un policía, señor...

—¿Un policía?

—¿Quiere usted... que pase?

—¿Por qué no?... Introdúcelo aquí.

—Bien, señor...

El visitante era, en efecto, un agente de la secreta.

Se presentó con mucha naturalidad ante

Roberto y le enseñó su insignia para asegurarle de que era un policía.

—¿Qué desea usted?—preguntóle Roberto.

—Vengo a darle una sorpresa.

—¿De qué... se trata?...

—Aquel lote de correspondencia robado ha



—Vengo a darle una sorpresa.

—¿De qué... se trata?

sido recuperado... Creo que esta es la carta que usted deseaba encontrar... Tómela usted...

—¡¡Ah!!... ¡Muchas gracias! Esta debe ser, sin duda, si procede de las sacas robadas en la fecha que mi padre me escribió.

—Me alegro. Quede usted con Dios.

—Adiós, y de nuevo muchas gracias.

Partió el agente, y entonces, Roberto, rasgó el sobre de la carta de la que se había hablado tanto, y leyó, con gran asombro:

Querido Roberto:

Tú tenías razón acerca de Kenneth y Edith. He sabido que se reúnen en un piso amueblado desde hace más de un año. No satisfechos con burlarse de mi hombría de bien, me han robado valores de mi caja de seguridad del Banco.

Ten la bondad de hacer analizar estos comprimidos que adjunto. Creo que Kenneth ha estado cambiándome la medicina. Me temo que están tratando de envenenarme. Los vigilo. Ven inmediatamente. Te necesita

Tu padre,

Andrés Prentice.

Roberto, emocionado, ahogó un grito en su garganta:

—¡Ah, miserables!...

¿Qué haría, con esa prueba palpable de la culpa de los dos amantes?

El era un hombre de conciencia.

No debía detenerse ante nada.

El amor de Magdalena por Kenneth era absurdo.

De modo, que ese amor no debía impedir a Roberto desenmascarar al hombre desleal para con todos.

El deber le obligaba a reclamar justicia.

Después, que Magda pensara de él, Roberto, lo que quisiera... ¡Su proceder era más humano que lo que parecía!

Al poco rato, Roberto llegaba a la casa de los Winthrop, y los halló, tomando el te, con Edith Graig.

Los tres se sorprendieron al verle.

Magdalena se separó de su esposo para arrojar de su hogar al hombre que hizo todo lo que pudo por perder a Ken.

—¡Fuera de esta casa para siempre! ¡Fuera!

—Perdón, Magda, por el disgusto que te voy a dar... Lee...

Y la entregó la carta en cuyo sobre iban los dos *cachets* envenenados.

Ken y Edith se cambiaron aterradas miradas a la vista de los dos comprimidos, pero aparentaron la mayor serenidad para evitar el peligro...

Magdalena, abrumada, fijó sus claros ojos en los de su marido, y como leyera en los de éste la serenidad de su espíritu, respondió, indignada, a Roberto, abrazándose a Ken:

—¡Esta es otra de tus maldades! ¡Estoy segura de que Andrés Prentice nunca escribió esa carta! ¿Tan vil eres, Roberto?

—¡Ese no es más que un salvaje! ¡Fuera!

gritó, apretando los puños, presto a descargarlos sobre Roberto, su hermanastro Ken.

—Está bien. No me ofenden vuestros insultos. Pero hagamos una prueba, Magdalena... Si Kenneth es inocente, no debe tener inconveniente en ingerir uno de estos comprimidos.

—¡Fuera de aquí!—repitió Ken a Roberto haciendo el gesto de arrojarlo sobre él.—¡Tu osadía en acusarme sobrepasa los límites de mi cordura!

—Calma, Ken. Déjame hacer. Yo misma daré gusto a Roberto ingiriendo este *cachet*.—
dijo Magdalena.

—Tú no; él ha de ser—objetó Roberto.

—Pues quiero ser yo... Es lo mismo—insistió Magdalena.

Y, en el momento en que sus dedos iban a colocar en su lengua el comprimido en cuestión, Ken, temblando de temor, se opuso con desespero a que tal hiciera.

Pasmóse Magdalena, vióse triunfante Roberto, y Edith, que ciertamente era la «amiga» de Ken, se dejó llevar por el demonio de los enconados celos, y se vengó grotescamente de su falso amante.

—¡Tonto! ¡Tú me engañaste! ¡Tú la amas..... me lo acabas de probar!

Los ojos de Ken se salían de sus órbitas.

Imploraba, con la mirada, el silencio de Edith.

Mas ésta, desencadenada ya su cólera, no se detuvo al borde de la perdición de ambos.

—Me juraste que te casabas con ella solamente por su dinero, a fin de poder restituir al



...Ken, temblando de temor, se opuso con desespero...

viejo Prentice los valores que le robaste.

—¡Calla, calla!—clamó desesperado, Ken.

—¡No!... ¡El mató a Andrés Prentice!... Lo mató a sangre fría, para no tener que ir a la cárcel.

—¡Infame!

—Yo mentí en la causa... mentí para salvar-

le... pero ahora estoy diciendo a ustedes la verdad.

—¡Tú propusiste el envenenarle!

—¡Mientes! ¡Mientes, sí! Yo no supe nada del veneno hasta que...

Y, como en un acceso de locura, Edith relató los hechos tal como se desarrollaron.

Prentice estaba con ellos en su biblioteca y les dijo:

—Tengo que escribir una carta y echarla al correo esta noche. Estaré con vosotros dentro de unos minutos.

Antes de salir de la biblioteca para pasar a un gabinete particular, se tomó la medicina, o sea, un comprimido... de la caja envenenada que Ken había cambiado por la buena.

—¡Estamos salvados! Ha ingerido el veneno esta vez, y no vivirá suficiente tiempo para concluir esa carta—dijo Ken a Edith al marcharse Prentice, mientras cambiaba de nuevo las cajas de comprimidos, dejando esta vez la buena encima de la mesita donde estaba la mala, ocultando ésta en un bolsillo de su americana.

Y Ken se quedó atónito cuando el millonario, al poco rato, volvió a la biblioteca.

Prentice se dirigió resueltamente a Ken, y, verificando la caja de comprimidos normales, le manifestó con desprecio:

—Bien. Has tratado de envenenarme... pero

yo te he engañado. ¡Yo no me tragué el comprimido y marqué la caja... la caja que acabas de meterte en el bolsillo! ¡Por vuestra felonía os voy a mandar a los dos a la cárcel! ¡Dame en seguida esa caja!

Ken, fuera de sí por haber sido descubierto su intento de crimen, por el que debería sufrir severa condena, intentó huir con la caja comprometedora y a ello se opuso con todas sus energías el viejo Prentice.

Reñida lucha sostuvieron los dos hombres... y Edith vió, horrorizada, como Ken, llevando ventaja a Prentice, lo derribaba al suelo y, cegado por la ira, le daba brutal muerte con un hierro de la chimenea de calefacción.

Durante la riña, se vino al suelo el reloj de la chimenea, y deliberadamente Ken adelantó la hora para que, saliendo él a las once y media de la casa de Prentice, y marcando el reloj las doce menos minutos, no recayese sobre él ninguna sospecha. Después de haber echado al correo la carta escrita por Prentice, el mayordomo llamó a la puerta de la biblioteca y salió a abrirle, sin infundirle recelo alguno, Ken, el cual, como se sabe, le dijo:

—Puede retirarse a descansar pues el señor Prentice no le necesitará ya esta noche.

Retiróse el mayordomo, y seguidamente Ken salió de la casa,

Vencido por la pesadumbre de las pruebas de Edith, Ken recurrió al buen corazón de Magda para salvarse.

—¡Aparta!—le dijo la dolorida esposa.—



—¡Traje a esa mujer a mi propia casa! ¡Vete... llévatela a la calle...!

¡Nunca pude creer que un ser humano fuera tan vill! ¡Y yo que confié en tí, rogué por tí, peleé por tí!... ¡Traje a esa mujer a mi propia casa! ¡Vete... llévatela a la calle, donde ella pertenece!

Edith, apartándose como de un leproso de

Ken, huyó del hogar de Magda, perseguida por la visión de la cárcel que la provocó una reja artística que separaba dos piezas de la casa.

Magdalena, necesitando el consuelo de un buen corazón, se apoyó en Roberto.

Ken, odiando a todo odiar a su hermanastro, rebelóse contra un pensamiento.

—¿Tú crees que has de conseguirla? ¿Crees que se ha de divorciar de mí?

Magda, amenazadora, le replicó:

—¿Y crees tú que he de seguir yo viviendo con un asesino?

—¡No hay ley en la tierra que pueda probarlo! Yo estoy absuelto por la ley y no puedo ser acusado otra vez.

—No pueden acusarle otra vez de asesinato, Magdalena... pero tendrá que responder de los valores sustraídos... La policía estará aquí dentro de unos minutos—la dijo Roberto.

Ken, derrotado, se arrastró a los pies de Roberto.

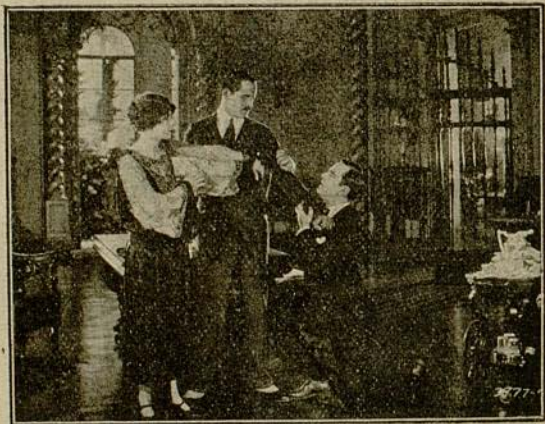
—¡Piedad! ¡Piedad!—clamó.

—¿Piedad? ¿Cómo te atreves a pedir merced? ¿Qué tuviste tú con el hombre que fué siempre un padre para nosotros?

Roberto y Magda se apartaron a otra habitación, para dar pie a que Ken huyera... y éste, creyendo que ellos iban a entregarlo a la justicia se asomó a una ventana y, causándole

inenarrable pavor, vió a un policía pasearse junto a la casa (pero no vió que se trataba del galán de una niñera).

Antes que morir en una prisión, Ken prefirió darse muerte con el mismo veneno que destinara a Prentice, e ingirió uno de los compri-



—¡Piedad! ¡Piedad!

midos contenidos en la carta de éste.

La muerte fué, como él la previera para su padre adoptivo, de efectos rapidísimos e infalibles.

Desolada, Magdalena pedía perdón a Ro-

berto por no haberle escuchado a tiempo, y recordaba el amor que él siempre la tuvo.

—Mi amada Magdalena... por ti misma quise verte libre... Yo te amo con la misma fuerza de siempre... Es más, tú eres y serás siempre mi único amor. No aspiro a nada que tu corazón no sienta. Yo sólo quiero que seas feliz.

—Lo seré, Roberto, si me prometes una cosa...

—¿Cuál?

—...Que no me olvides nunca... que yo sea todo para ti... cuando podamos casarnos.

—¡Oh, mi Magda! Entonces...

—Sí, Roberto, olvidemos... ¡Yo te amo!

—¡Oh, mi amor!... ¡Mi fel! ¡Mi vida toda!

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

el precioso drama sentimental

CALVARIO DE AMOR

Magistral interpretación de los famosos artistas

Mme. LISSENKO y CHARLES VANEL

EMOCIÓN — — — INTERÉS

Postal fotografía: ALEC B. FRANCIS

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic. 3. Amor de madre, 3 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Bajo dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos, 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robin de los bosques (extra). 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sapho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra). 3 edic. 42. Un juego peligroso. 43. De mal agüero. 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente. 46. La hija del Arrabal. 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario. 49. De los confines del silencioso Norte. 50. Entre hielos. 51. La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52. El precio de la belleza. 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56. Sacrificio de amor. 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra) 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de

la vida, 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas. 64. La sin ventura (extra) 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65. La pequeña parroquia. 66. Frou-Frou. 67. La Famosa señora de Fair. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duodécimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico. 74. ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75. Relámpago. 76. La Dolores. 77. Como la arena. 78. La cuna vacía. 79. El encanto de Nueva York. 80. Borrascoso amanecer (extra). 81. Rosario la Cortijera. 82. La pelícala sin título. 83. Una mujer como otra cualquiera. 84. Todos los hermanos fueron valientes. 85. La batalla (extra). 86. Espejos del Alma. 87. Gloria fatal. 88. Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89. Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90. El muchacho de París. 91. Las sentencias del Destino, (extra). 92. Redención. 93. Alma de Dios. 94. La señorita del pelo corto. 95. Las hijas de los hombres ricos. 96. El novelista y su esposa (extra). 97. La puerta cerrada. 98. Una pobre maniquí. 99. A todo trance. 100. ¿Por qué tanta prisa? 101. La Casa de la Selva (extra). 102. La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERÁ). 103. En busca de la felicidad. 104. El buen camino. 105. Amor de árabe. 106. El puñao de rosas. 107. El Milagro (extra). 108. Risas y lágrimas. 109. El Nido de Amor. 110. La venganza de una hermosa. 111. Juez de sí mismo. 112. El caballero sin tacha (extra). 113. I Pagliacci. 114. La isla maldita. 115. Domador por amor. 116. Fruta prohibida. 117. Veredicto de inculpabilidad (extra).

Postal-fotografia:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Franck Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menicheli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingsgton. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial) 86, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mac Marsh.